

***Vida, muerte y resurrección de un Héroe:  
La personalidad de Miguel Hidalgo y Costilla, caudillo de  
la Revolución popular.***

*Por Roberto Hoyos, febrero de 2002*

***Índice***

<b><i>Introducción.....</i></b>	<b><i>2</i></b>
<b><i>La Revolución de Hidalgo.....</i></b>	<b><i>3</i></b>
<b><i>Conclusiones.....</i></b>	<b><i>10</i></b>
<b><i>Bibliografía.....</i></b>	<b><i>12</i></b>

***Vida, muerte y resurrección de un Héroe:  
La personalidad de Miguel Hidalgo y Costilla, caudillo de  
la Revolución popular.***

***Introducción:***

Al cavar hacia las profundidades del pasado, o al observar el diario acontecer, uno no puede eludir la eterna interrogante: ¿La historia está hecha por todos o por unos pocos? La pregunta se antoja engañosa. Un viejo dilema que nadie ha resuelto satisfactoriamente y que probablemente nadie pueda resolver. Es también una vieja trampa en la cual caer, pues cada respuesta tiene consigo su contradicción. Tal vez sea la combinación de ambos; que son algunos pocos, los que sin desafiar la misma evolución de las sociedades, más bien, favoreciéndola, desencadenan en el momento justo y en el lugar adecuado procesos que van más allá de sus capacidades. Y es que la situación en la que nace la lucha de Independencia no puede describirse de otra manera. La Independencia de Nueva España pudo haber sido un hecho inevitable aún antes de ser concebida, pero fueron necesarios de ciertos catalizadores para echarla a andar; la chispa, la llama que enciende. Fueron necesarias las acciones de unos cuantos elegidos para encabezar aquellos movimientos. Y si en una sola personalidad puede representarse toda una etapa, ¿qué mejor que estudiar los movimientos sociales a través de sus caudillos?

Hidalgo ilustra muy bien el tiempo que le tocó vivir y el *cómo* lo vivió, al ser ese tipo de caudillo. Fue el líder de la etapa primaria de la gesta de Independencia, quizá las más épica y la más paradójica, por la misma razón en la que la llamarada incandescente que nace en Dolores degenera en soflama once años después; y que explica cómo la *Revolución* de Independencia encabezada por él, termina siendo, simplemente, Independencia.

## *La Revolución de Hidalgo*

Hidalgo no es un personaje obscuro que asalta las páginas de la historia de repente como tampoco una coincidencia que el movimiento nazca en el Bajío y no en otro lugar. “Desde 1790, el fuerte crecimiento del Bajío, impulsado por el auge minero, por la fertilidad de sus tierras y por su ubicación estratégica a medio camino entre el norte minero y la capital del virreinato, parecía agotarse [por las crisis continuas al agro, especialmente por el alza de precios, cuyo punto más álgido fue, precisamente, en 1809]. Desde entonces, Guanajuato era con mucho la intendencia más densamente poblada de la Nueva España”<sup>1</sup>. El centro de poder criollo, especialmente agrícola e íntimamente ligado con la Iglesia. No es de extrañar, pues, que Hidalgo fuera criollo y cura. Criolla también es su personalidad: “Irritados por su inferioridad, a que estaban condenados a causa de su nacimiento en la Colonia, no tardaron en comprender la oportunidad que les brindaba el vaivén de la crisis para conquistar la venia de su vida. [...] Codiciaban la independencia y el poder paternal; pero les faltaba la coacción de la libertad, el fecundo imperativo de la miseria y, como por su educación y su carácter eran indolentes e impresionables, adolecían de la mentalidad de mentores políticos”<sup>2</sup> y en suma, no tenían un plan muy concreto. Situación que se presentaría a lo largo de los once años de la lucha.

Los cambios bruscos y la confusión que reinaba en la Madre Patria, España (Invasión Napoleónica, abdicación de Fernando VII, Juntas) propician en la entonces Nueva España las rivalidades de los criollos y peninsulares, y ponen en alerta éstos últimos sobre los peligros de que las clases inferiores trataran de tomar ventaja del precedente. Las masas no se movieron, como no lo habían hecho durante siglos. Los criollos sí lo harán. El peligro estaba en las clases ilustradas, las que reclamarían seguramente el control y que podrían despertar a las otras. Y efectivamente, la semilla de la autonomía se planta, especialmente, en los ricos suelos del Bajío y en las mentes de la *intelligentsia*.

Hidalgo, un intelectual inspirado, era reconocido como “uno de los mejores teólogos de su diócesis,”<sup>3</sup> “hombre de grandísima literatura y vastísimos conocimientos en todas las líneas.”<sup>4</sup> Nacido un 8 de mayo de 1753, en la hacienda de Corralejo, muy cercana a Pénjamo, en Guanajuato, y enviado al Colegio de San Nicolás en Valladolid (actualmente Morelia), de donde incluso recibió reconocimiento por dos disertaciones teológicas (una en latín y otra en castellano) y de donde fue profesor y rector, llamado también “El Zorro,” por su carácter taimado, tenía una personalidad muy inquieta, era algo excéntrico y

---

<sup>1</sup> FLORESCANO Enrique e Isabel GIL, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico", en *Historia general de México*, Tomo II, El Colegio de México, Tercera Edición, México, 1976. pp. 234-235

<sup>2</sup> ROEDER Ralph, *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica, Segunda Edición, México, 1995, p. 36

<sup>3</sup> KRAUZE Enrique, *Siglo de Caudillos*, TusQuets Editores, 17ª Edición, México, 1999, p. 52

<sup>4</sup> Idem

desconcertante, pero brillante y seductor. Incomodaba al poder pero no así con quienes convivía, pues era muy generoso y resuelto, aunque carecía de disciplina y era, en muchas ocasiones, irreflexivo, desordenado y poco sistemático. Dado más a la inspiración y “a la buena de Dios” que pocas veces tenía un método sobre sus actos. Aspectos que ciertamente llevaría, primero, a su particular forma de ser cura, y luego, en su acaudillamiento de la Revolución que nacía. Nunca fue un partidario ortodoxo del catolicismo; más bien era travieso intelectualmente, al grado de declarar sin ningún tapujo que “[La Biblia] se debía estudiar con libertad de entendimiento para discurrir lo que nos parezca sin temor a la inquisición.”<sup>5</sup> En las parroquias (tuvo tres: Colima, San Felipe Torres Mochas y Dolores), se le escuchó predicar que fornicar no era pecado, negar el infierno, burlarse de Santa Teresa... entre muchos pecadillos decididamente heréticos. Conocidas también eran sus aficiones por el juego y las mujeres. Como hombre ilustrado y de exquisitos gustos, albergaba una orquesta completa en su casa, su “Francia Chiquita”, donde continuamente había juegos, música y “fandango”. En suma, un amante del arte y del intelecto: “Era el párroco hombre que gustaba de la lectura, y su afición a los libros franceses la compartía con el canónigo don Manuel Abad y Queipo, y con el intendente de Guanajuato, don Juan Antonio Riaño”<sup>6</sup>, quienes tiempo después serían sus enemigos. El primero lo anatematizó; el segundo murió durante el asalto a la Alhóndiga. Rigores de la lucha, reveses del destino.

Hidalgo era un sacerdote *sui generis*. Dice Krauze:

“[...] mostró que no era afecto a los trabajos de notaría parroquial ni a celebrar muchas misas; en cambio le gustaba predicar adaptando sus saberes teológicos y tomaba muy a pecho la confesión de enfermos y moribundos. Es decir, buscaba convertir la teología en caridad, [que se] manifestaba sobre todo en su trato con los indios: sabía su idioma y les enseñaba artes y oficios”<sup>7</sup>,

Por lo anterior sería muy querido y respetado tanto por los indios como por las autoridades civiles y eclesiásticas. Le otorgó la mayoría de sus facultades eclesiásticas a uno de sus vicarios, Francisco Iglesias, y se dedicó, principalmente, a los negocios, propósitos intelectuales y actividades humanitarias. Sus esfuerzos por mejorar las condiciones económicas de sus parroquianos, que por supuesto también mejoraban las suyas, se hicieron patentes en el fomento de la industria de la cría de abejas, curtido de pieles, fabricación de lozas, cultivo de viñedos y cultivo de morera para la producción de seda. Sobre ésta última existe una interesante referencia, relatada por Lucas Alamán:

“Preguntándole una vez el obispo Abad y Queipo qué método tenía adoptado para picar y distribuir la hoja a los gusanos según la edad de éstos, separar la seca y conservar aseados los tendidos, sobre lo que hacen tantas y tan menudas prevenciones

---

<sup>5</sup> KRAUZE Enrique, Op. Cit., p. 53

<sup>6</sup> ALVEAR ACEVEDO Carlos, *Historia de México*, Editorial Jus, 55ª Edición, México, 1996, p.187

<sup>7</sup> KRAUZE Enrique, op.cit., pp. 53-54

en los libros que tratan de esta materia, le contestó [Miguel Hidalgo] que no seguía orden ninguno, y que echaba la hoja como venía del árbol y los gusanos la comían como querían.”<sup>8</sup>

Hidalgo despertó ciertas suspicacias en las autoridades españolas cuando introdujo nuevos métodos de agricultura<sup>9</sup>. Pero no es sino hasta en 1800 cuando se le inicia un proceso por diversas denuncias. Especialmente teológicas. Pero aun cuando se reabrió en 1807, dicho proceso no prosperó. El expediente volvería a reabrirse por tercera ocasión, luego de su captura, esta vez con resultados más severos.

Es la época de la fallida conspiración de Valladolid. Nacería después, en Querétaro, otra, sin duda con los contactos de la primera (especialmente por iniciativa de un joven militar criollo, Ignacio Allende). El propósito de las juntas, era simple y llanamente la independencia hacia España, lo que significaba remover el mando peninsular y abrazar los programas de 1808, cuando se proponía que la soberanía fuera otorgada a los ayuntamientos. En suma, en esas juntas “se adoptó el plan de aprisionar a los españoles, darles garantías para que pudiesen volver a la patria, establecer un gobierno nacional y solicitar la ayuda de Estados Unidos en caso de ser necesario”<sup>10</sup>. Y bajo la apariencia de reuniones literarias, en Querétaro se conspira contra el gobierno. En las reuniones hay políticos, curas, comerciantes y militares, criollos todos ellos. Sus intenciones, justificadas con ideales liberales, anticlericales y humanísticos también tienen una connotación un tanto menos ideal. En el caso de Hidalgo, continúa Krauze:

“la brutal exacción fiscal por parte de la Corona a sus colonias [...] no sólo lo había puesto al borde de la ruina en 1807 con el embargo y la amenaza de remate sobre las haciendas suyas y de sus familiares (Santa Rosa, San Nicolás, parte de Jaripeo), sino que había afectado, hasta el enloquecimiento y la muerte en 1809, a Manuel, su hermano menor”<sup>11</sup>.

Pero todo movimiento necesita un líder y nadie mejor que Hidalgo, que luego de algunos ruegos aceptó la jefatura. La elección del cura no es fortuita: era un eclesiástico ilustrado y de prestigio, lo que sin duda alguna vencería los temores que pudiese despertar el movimiento entre la gente por considerarse irreligioso e ilícito. Con su reputación de sabio y de ideas progresistas, popular y querido, tenía un elemento extra: sus buenas relaciones con el obispo de Michoacán, Abad y Queipo, y con Riaño, el intendente de Guanajuato, potenciales aliados. Con lo que se ve que las miras del movimiento eran moderadas y buscaban obtener el mayor

---

<sup>8</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 54

<sup>9</sup> Ver "Hidalgo y Costilla, Miguel" *Encyclopædia Britannica Online*.  
<http://biblioteca.itesm.mx:1200/bol/topic?eu=41242&sctn=1>

<sup>10</sup> MIRANDA BASURTO Ángel, *La Evolución de México*, Editorial Grupo Herrero, Primera Edición, México, 1997, p. 29

<sup>11</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 52

apoyo posible de los grupos sociales. Y desde aquí, la vida personal del caudillo se une irremisiblemente con la suerte del movimiento. Una serie de delaciones obligan a acelerar el estallido (programado para el 2 de octubre, en San Juan de los Lagos<sup>12</sup>, aunque otras versiones sugieren que el movimiento estaba proyectado para el 8 de diciembre de 1810<sup>13</sup>) y con ello la naturaleza misma del movimiento. Es verosímil creer que diciembre era una fecha propicia, lo que hubiera permitido a Allende organizar un grupo muy selecto y coordinado de tropas, cuyo reclutamiento ya había iniciado de forma muy prudente. Pero descubierto el movimiento, sin alianzas sólidas, sin preparación ni estrategia, y con la iniciativa criolla demasiado débil para iniciar la rebelión por sí sola, se recurrió a un último y temible elemento: las masas. Ante la difícil situación que se presentaba para los conspiradores una nueva cualidad en Hidalgo se demuestra: la temeridad. La noche del 15 de septiembre ordena a once hombres la aprehensión de todos los españoles de la región, y el 16 por la madrugada llama al pueblo para atraerlo a la lucha contra el gobierno virreinal, proclamando la defensa del rey y la religión. Y con 600 campesinos mal armados, algunos militares, improvisación y con la “buena de Dios” inició su ruta hacia la Independencia. En Atotonilco logra unificar bajo un solo símbolo a todas las fuerzas bajo su mando, y sin quererlo, encuentra el factor común a todos los grupos. Dice Enrique Florescano:

“A partir de entonces la Guadalupana será el emblema orgulloso de la patria criolla, el símbolo de identidad de un grupo hasta entonces huérfano de prestigios propios, y un puente de unión entre el grupo criollo y el mundo también desarraigado de los indios y los mestizos”<sup>14</sup>.

Al respecto tiene que decir Krauze: “Que aquella insurrección tenía un carácter de guerra santa lo probaba también el otro bando, el realista, encomendado a la virgen ‘rival’ de la Guadalupana, la de los Remedios”<sup>15</sup>. Con este gesto la lucha por la independencia iniciará como una lucha *sacra* contra la opresión y la antirreligión *gachupina*. Esta lucha de tintes mesiánicos –la analogía que se le hace a Hidalgo como el nuevo Moisés de esta chusma desordenada, cuya *tierra prometida*, (no en el sentido bíblico, sino en el sentido agrario) constituye una de las mayores aspiraciones sociales– muy pronto se verá reivindicando demandas populares. Al menos con la primera bandera, Hidalgo al frente de la impresionante fuerza de 80, 000 hombres<sup>16</sup>, toma San Miguel y luego Celaya. Pero la primera gran victoria, y el primer gran error, ocurren en la toma de la Alhóndiga de Granaditas, la simbólica Bastilla de Guanajuato.

---

<sup>12</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 52.

<sup>13</sup> Ver Historia de México, “Miguel Hidalgo”, en

[http://www.mexconnect.com/mex\\_/history/jtuck/jthidalgo.html](http://www.mexconnect.com/mex_/history/jtuck/jthidalgo.html)

<sup>14</sup> FLORESCANO Enrique, “Ser Criollo e Nueva España”, extraída de revista Nexos, 1 de julio de 1986 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>

<sup>15</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 58

<sup>16</sup> Las notas varían entre las fuentes, señalando unas 50, 000 y otras cerca de 100, 000. Pero es indiscutible la impresionante fuerza con la que cuenta Hidalgo para la toma de Guanajuato.

La toma de la Alhóndiga, con la subsiguiente matanza de peninsulares, pone al descubierto tres hechos alarmantes. A saber: la falta de instrucción y la indisciplina de las masas que le restaba el control a Hidalgo sobre sus tropas, después de todo, Hidalgo no tenía mayor estrategia militar que apelar a las pasiones de sus feligreses, como el pillaje y la venganza. O quizá es que con este mismo razonamiento, él haya permitido, veladamente, semejante desorden. Segundo, las diferencias entre Allende e Hidalgo con respecto a las masas. Según Mora, “Allende y Abasolo se oponían a la reunión de masas numerosísimas que no podían ser armadas, pagadas o disciplinadas, y que la experiencia había probado ya bastantemente ser si no perjudiciales sí conducentes al objeto; Hidalgo, por el contrario, todo lo esperaba de ellas, y aseguraba que si no se había vencido era porque no se habían reunido las necesarias”<sup>17</sup>. El tercer hecho tiene que ver con los propósitos mismos de la lucha, pues el propio Hidalgo albergaba muchas dudas sobre su naturaleza, que “más fácil le sería decir lo que hubiera querido que *fuese* la revolución, pero que él mismo no comprendía realmente lo que era”<sup>18</sup>. Pero más importante aún, fue lo que ocurriría después de la toma de la Alhóndiga, cuando se materializaron los temores de los criollos y los separó, definitivamente, de ingresar al movimiento de Hidalgo. Pues el estallido polarizó a la población y los criollos “desde el principio interpretaron los hechos como una guerra social y de castas que buscaba la eliminación de toda la población acomodada y blanca del país, tanto criolla como peninsular (aproximadamente un millón de un total de seis)”<sup>19</sup>. Justamente lo que no quería Hidalgo que ocurriese, pues debe recordarse que la intención primera del movimiento, sean cuales fueren los objetivos, era la de obtener el apoyo unánime e irrestricto de todos los criollos. La revolución ocurría “como la cría de los gusanos de seda”<sup>20</sup>, advertía Abad y Queipo, inarticulada, espontánea, violenta, masiva, la revolución aún no alcanzaba su derecho a serlo. Sin un programa concreto al cual asirse apenas era una guerra civil.

La legitimidad de las demandas sociales, de la nación, no representada en ayuntamiento, sino en los desposeídos, quedaría sellada en los decretos de Hidalgo. “Al legislar en su nombre [del pueblo], Hidalgo pone de hecho por soberano al pueblo bajo sin distinción de estamentos o clases. [...] El pueblo se ha puesto a sí mismo como fundamento real de la sociedad. Los decretos de Hidalgo no hacen sino expresar esa soberanía efectiva”<sup>21</sup>. Hidalgo decreta la abolición de la esclavitud (19 de octubre) y la supresión del pago de tributos de las castas.

¿Cuál era la composición social de la población indígena del Bajío a finales de la colonia? Según Martínez Baracs, en Guanajuato, “de 285,154 tributarios, el 28% eran indios de pueblos, el 58% eran laboriosos y vagos y el 15% eran

---

<sup>17</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 60

<sup>18</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 57

<sup>19</sup> Idem

<sup>20</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 57

<sup>21</sup> VILLORO Luis, “La Revolución de Independencia”, en: El Colegio de México, *Historia General de México*, Tomo II, El Colegio de México, Tercera Edición, México, 1976, p. 616

negros libres y mulatos”<sup>22</sup>. Y en esa proporción debieron ser los que siguieron a Hidalgo.

Con 80, 000 hombres inicia la marcha hacia la capital. Las defensas de la capital, tres mil, se enfrentan en Monte de las Cruces, Querétaro, el 30 de octubre. Tres mil hombres bien armados, atrincherados, disciplinados logran numerosísimas bajas a una mole de 80,000 *desarrapados*, que por superioridad numérica los hacen retroceder a la capital. Es aquí, en este punto culminante cuando Hidalgo se juega su posición como líder y caudillo. La hora de la verdad. Será, también, el inicio del fin. “En eso se supo que refuerzos realistas venían avanzando a marchas forzadas de San Luis Potosí. Cogidos entre las tropas frescas y la capital invicta, la posición era crítica. Hidalgo convocó a un consejo de guerra. Los papeles se invirtieron: Allende optó por un ataque fulminante a la capital; Hidalgo, por una retirada táctica. Llevado el movimiento hasta donde podía llevarlo con el ímpetu de la improvisación, su inspiración se agotó y en la vista de la meta vaciló y retrocedió. Desde ese día sobrevino el desastre. Su buena estrella lo abandonó”<sup>23</sup>. La decisión de Hidalgo, intrigante, duramente juzgada por los historiadores, pudo deberse a diversos motivos, y, en el mejor de los casos, a la suma de todos ellos. “Hidalgo temía que, una vez en la capital, sus huestes se dispersarían en la rapiña y ninguna disciplina sería posible. Además Calleja y el intendente de Valladolid se acercaban a la capital con un ejército fuerte y bien organizado. Iba a ser difícil, si no imposible, enfrentarlo puesto que, además, Hidalgo no contaba con el apoyo de la población local”<sup>24</sup>. En su retirada “táctica”, Calleja los enfrenta en Aculco, México (2 de noviembre), donde fueron derrotados. Hidalgo marcha a Valladolid mientras que Allende toma dirección a Guanajuato. El 25 de noviembre Calleja enfrenta a Allende y tras un duro combate, los insurgentes abandonan la ciudad. Una nueva (y doble) matanza ocurre en Guanajuato. “Mientras entraban los realistas, la plebe forzó las puertas de la Alhóndiga y sacrificó a 138 españoles que allí estaban presos”<sup>25</sup>. Calleja, irritado, ordena matar a todo el que se encontrara en las calles.

Del movimiento ya sólo quedaría la sombra de lo que fue. Hidalgo es recibido en Guadalajara, plaza tomada por nuevos insurgentes, señal de que el movimiento se extendía a muchas partes del país, y con gran pompa estableció un gobierno paralelo, con ministros y decretos. Incluso llegó a mandar a Ortiz de Letona como emisario a los Estados Unidos, para solicitar apoyo. Es en Guadalajara donde continua con decretos populares. El 5 de diciembre otorga las *tierras de la comunidad* para los indios, “Que deben entregarse a los naturales las tierras de cultivo, sin que para lo sucesivo pudieran arrendarse”. Al respecto comenta Martín Reyes Vayssade: “Especialmente la insurrección de Hidalgo tuvo una base

---

<sup>22</sup> MARTÍNEZ BARACS Rodrigo, “En busca de Hidalgo”, extraído de revista Nexos, 1 de julio de 1982 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>

<sup>23</sup> ROEDER Ralph, op.cit., p. 50

<sup>24</sup> MARTÍNEZ BARACS Rodrigo, “En busca de Hidalgo”, extraído de revista Nexos, 1 de julio de 1982 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>

<sup>25</sup> MIRANDA BASURTO Ángel, op.cit., p. 34

popular, democrática y agraria sin precedentes, y en sus proclamas y decretos se advierte el programa de mayor profundidad social que se haya estructurado a lo largo de la lucha por la independencia en toda la América Hispana”<sup>26</sup>. El mismo Abad y Queipo, antaño reformista, se había anticipado a los estallidos sociales del pueblo al proponerle al Rey disposiciones orientadas al reparto agrario<sup>27</sup>, sugerencias que, sobra decir, fueron ignoradas. Y contrario a lo que pudiera pensarse, las reivindicaciones agrarias de Hidalgo “no parecen desprenderse de doctrinas políticas previas, [sino que] expresan la experiencia real de la revolución y obedecen al impulso popular”<sup>28</sup>.

A este declive súmesele la actitud de Allende y muchos otros jefes criollos que no pueden entender –mucho menos aprobar– la condescendencia de Hidalgo con la plebe, esa plebe que lo nombra *generalísimo*, *Alteza Serenísima*, y que lo trata como un monarca durante su estancia en Guadalajara. Él por supuesto, se deja querer. Pero “la actitud de Allende es el primer signo de las vacilaciones de muchos criollos ante una revolución que tiende a rebasarlos”<sup>29</sup>. Calleja llega a las puertas de Guadalajara y en Puente de Calderón (17 de enero de 1811) los insurgentes sufren una nueva y esta vez mortal derrota. Derrota definitiva, donde incluso los símbolos le son adversos: pierde el estandarte de la Guadalupana y con ello, mucho de la aureola mística que lo rodeo en los primeros días de su campaña. Hidalgo inicia la retirada con apenas 1,500 hombres, con los que llega a Aguascalientes. Es ahí donde Allende, Aldama y otros jefes, disgustados con la derrota de Calderón, cuya culpa atribuyeron a Hidalgo, le separan del mando militar, entregándoselo a Allende, y permitiéndole sólo el político a Miguel Hidalgo. Con miras a refugiarse en los Estados Unidos siguen su marcha hacia el norte, pero la traición de un teniente coronel reclutado de los realistas, Elizondo, los conduce a una emboscada en las *Norias de Baján* donde finalmente son capturados Hidalgo, Allende y Aldama. Luego del proceso inquisitorial al que es sometido Hidalgo (del que se defiende satisfactoriamente), del juicio civil y militar (donde se retracta y pide misericordia) que lo juzga traidor y sedicioso, es condenado a muerte y degradado en sus facultades sacerdotales. El 30 de julio de 1811, en Chihuahua, Hidalgo es ejecutado luego de 4 descargas del pelotón, que vacilante, tuvo que dispararle a quemarropa para poder finalmente matarlo. Su cabeza es exhibida junto con la Aldama, Allende y Jiménez, en jaulas que colgaban de las cuatro esquinas de la Alhóndiga. Allí permanecerán diez años, hasta 1821.

---

<sup>26</sup> REYES VAYSSADE Martín, El carácter social de la revolución de independencia: La brasa y la ceniza, extraída de revista Nexos, 1 de septiembre de 1986 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>

<sup>27</sup> Consultar al respecto: GONZÁLEZ NAVARRO Moisés, *La independencia, el yorkinato y la libertad: Extremos de México*. México, El Colegio de México, p. 153

<sup>28</sup> VILLORO Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, UNAM. 1967: p. 86

<sup>29</sup> VILLORO Luis, “La Revolución de Independencia”, en: El Colegio de México, *Historia General de México*, Tomo II, El Colegio de México, Tercera Edición, México, 1976, p. 616

La muerte del caudillo no detiene las ruedas de la historia, pero anuncia el cambio en el rumbo del movimiento. La estafeta la heredan otros, y con ellos, un programa diferente se pone en marcha.

### ***Conclusiones:***

La coincidencia de la decadencia en el agro, en la minería y en las manufacturas, la crisis agrícola de 1809, la crisis política y militar del imperio español y las ambiciones reformistas e independentistas de la población del Bajío, resultan ser como la pólvora que poco a poco se amontona en el polvorín, y que condujeron al estallido que provocó la flama del grito de Hidalgo.

Su vida se une a la historia desde el momento en que su temeraria personalidad lo lanza a la victoria o a la muerte; desde que se convierte en la flama que incendia las reivindicaciones de los desposeídos. Cosa a todas luces contradictoria: sus planes originales serían totalmente ocupados por una improvisado y efímero ascenso. En esa misma lucha que terminará por rebasarlo imprimirá todos sus esfuerzos y mucho de su personalidad, tan confusa, tan desordenada, tan brillante aunque caprichosamente inestable.

En Hidalgo la personalidad del criollo es ilustrativa. La crisis de identidad provocada por no ser ni peninsular ni americano; Krauze es más claro:

“en su ánimo de viejo criollo pesaba de igual forma el resentimiento contra los ‘gachupines’ y la tradicional lealtad al soberano. [...] No tenía proyectos políticos de alternativa claros a los cuales asirse. Era un criollo educado en la monarquía, atrapado en ella, aunque recelara del tiránico y despótico gobierno español. [...] Atrapado entre la tensión entre pasado y futuro, Hidalgo quería las dos cosas –monarquía y libertad”<sup>30</sup>

Y quizá la atinada reflexión que de Hidalgo hace Krauze pueda resumir cómo con él nace una revolución y con él también muere: Hidalgo no era luz racional, creadora, era luz que destruía, que incendiaba. En palabras de Krauze:

“Los documentos de la época hablan de la empresa como una vasta seducción. Poseído por de un violento, vengativo, vindicativo estado del alma –el frenesí–, Hidalgo sedujo a sus huestes indígenas que lo seguían porque encarnaba la etimología de su oficio (sacerdote, *sacher dux*, quien conduce a lo sagrado), pero él,

---

<sup>30</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 62

no sin ambigüedad, quería guiarlas en un salto histórico de sentido opuesto: no hacia la tradición sino a la libertad”<sup>31</sup>.

Su vida fue algo más que la contradicción interior, fue también contradicción social, las características de una sociedad que aún no nacía pero que se dejaba entrever. La personalidad del caudillo era también la personalidad de la época. La mesiánica entrada en escena de los “hombres imprescindibles” había iniciado. Su resurrección y apoteosis en padre de la patria, en héroe inmaculado, corresponde muy poco con el hombre real, pero se ajusta muy bien a las necesidades psicológicas de los mexicanos por un pasado egregio, coherente, por una nación bajo la cual cobijarnos. Sólo que en realidad, el héroe inmaculado pudo ser un sanguinario, pero carismático, líder, que flaqueaba y que dudaba; que el pasado nunca fue coherente, sino más bien turbulento, y que la nación –entiéndase nación, no nacionalismo de Estado– que hoy tanto lo aclama ni siquiera existía entonces ni pudo existir sino muchos, muchos años después. ¿Por qué, entonces, se convierte en *Padre de la Patria*? Pues precisamente porque “su propósito se lo dictó el amor a una patria que no existía sino en ese amor; él fue, pues, quien la engendró: él es su padre, es nuestro padre” escribía Justo Sierra<sup>32</sup>. Con ese solo mérito puede opacar cualquier imperfección, cualquier reclamo. El hombre en cuya resurrección se construye el mito sobre el cual legitimar la nación.

Su legado, discutido, se ha diluido en la propia interpretación de los historiadores. Pero su imagen, aunque distorsionada, sigue siendo irresistible. Revestida con el mito y el simbolismo –muy característico en México– la figura del Hidalgo con nombre de arcángel, de cuya costilla nació esta nación, como expresara Krauze, y que se encuentra dotado de una dimensión casi providencial, se convierte en la principal figura de la iconografía de los héroes ideales. Nuestros héroes.

---

<sup>31</sup> Idem

<sup>32</sup> KRAUZE Enrique, op. cit., p. 65

## ***Bibliografía:***

- ROEDER Ralph, *Juárez y su México*, Fondo de Cultura Económica, Segunda Edición, México, 1995.
- KRAUZE Enrique, *Siglo de Caudillos*, TusQuets Editores, 17ª Edición, México, 1999.
- VILLORO Luis, "La Revolución de Independencia", en: El Colegio de México, *Historia General de México*, Tomo II, El Colegio de México, Tercera Edición, México, 1976.
- MIRANDA BASURTO Ángel, *La Evolución de México*, Editorial Grupo Herrero, Primera Edición, México, 1997.
- VILLORO Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, UNAM. 1967: p. 86
- FLORESCANO Enrique e Isabel GIL, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico", en *Historia general de México*, Tomo II, El Colegio de México, Tercera Edición, México, 1976 .
- ALVEAR ACEVEDO Carlos, *Historia de México*, Editorial Jus, 55ª Edición, México, 1996.
- "Hidalgo y Costilla, Miguel" *Encyclopædia Britannica Online. Biblioteca Digital*. <http://biblioteca.itesm.mx:1200/bol/topic?eu=41242&sctn=1>
- Historia de México, "Miguel Hidalgo", en: [http://www.mexconnect.com/mex\\_/history/jtuck/jthidalgo.html](http://www.mexconnect.com/mex_/history/jtuck/jthidalgo.html)
- FLORESCANO Enrique, "Ser Criollo e Nueva España", extraída de revista Nexos, 1 de julio de 1986 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>
- REYES VAYSSADE Martín, El carácter social de la revolución de independencia: La brasa y la ceniza, extraída de revista Nexos, 1 de septiembre de 1986 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>
- MARTÍNEZ BARACS Rodrigo, "En busca de Hidalgo", extraído de revista Nexos, 1 de julio de 1982 a través de Infolatina. Biblioteca Digital del ITESM, <http://biblioteca.itesm.mx/cgi-bin/nav/salta?cual=bases:24>